



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MÚSICOS NOTABLES

PABLO BARBERO



Un pianista excelente,
muy amable, muy discreto,
y que dirige el sexteto
hasta la pared de enfrente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA. XXXIII. *Vitoria*, por Sinesio Delgado.—Desquite, por Eduardo Navarro González.—Batarrillo, por *Frey Canill*.—Desesperación, por José Estremera.—Contribución..., por Julio de las Cuevas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Pablo Barbero.—Vitoria.—El idioma de los dedos, por Cilla.



Hemos entrado con toda felicidad en el nuevo año.

Es verdad que la Providencia, vertiendo dones como de costumbre, nos ha llenado de barro, pero eso cae por fuera. Todos, quién más, quién menos, hemos comido turrón y otros atributos pascuales.

Se ha practicado, además, la grata costumbre de «echar los estrechos», y con este motivo la juventud acudió á los salones, salitas y gabinetes, donde se ha servido el té con pastas ó los polvorones con Carñena, según el caso y las circunstancias sociales de cada familia.

Ha habido joven que «cayó» con su propia novia, por una de esas casualidades de la vida, y atribuyó la cosa á la divina Providencia, con gran desesperación de la mamá de la chica, que decía á todo el mundo:

—¡Casarse mi hija con un hombre que no tiene más que dos elásticas! ¡Jamás!

—¿Dos elásticas?

—Sí señor; y esto lo sé por su misma patrona. Está muy mal; el mes pasado, para retratarse, tuvo que vender lo único que le quedaba: un brasero de copa que había heredado de su familia. Es un manirroto; en dos años se gastó toda la legítima de su madre: cerca de doscientos duros y un molino.

—¿Harinero?

—No señor; de café.

—No debe V. consentir esos amores.

—Ya se ve que no; pero mi hija está encaprichada, y en cuanto le digo algo contra el novio, va y coge la caja de los fósforos, con intención de suicidarse. El otro día la sorprendí raspándole el cardenillo á una palmatoria de metal.

—¿Para qué?

—Para ir juntando veneno y acabar con su existencia el día que eche de casa á ese mono.

Es costumbre obsequiar á las damas que nos han tocado en suerte con dulces, *bibelots* y otras demostraciones de la galantería española; pero algunos jóvenes, más prácticos y reflexivos, regalan á sus parejas objetos que pueden ser de utilidad.

—Diga V., Doña Aniceta—preguntaba un pollo á la mamá de la joven.—¿Se ofendería su Baltasara si yo la regalase una caja de polvos para los dientes?

—Es inútil.

—Lo decía, porque como los tiene tan amarillos...

—Se le pusieron así desde que se cayó en la caldera del jabón cuando era chiquita. Nosotros teníamos fábrica en la calle del Sombrerete, y como ella ha sido lo más revoltosa del mundo, quiso jugar con la pasta, y se le fué la cabeza. Para sacarla de allí tuvimos que valernos de una pala que nos prestó un barrendero del Municipio, paisano de mi esposo.

Algunas familias tienen la buena costumbre de convidar á comer á los amigos que no poseen parientes en Madrid.

—Juanito; V. está solo en la casa de huéspedes y echará de menos en estos días las expansiones íntimas del hogar doméstico. Le esperamos á V. mañana, que es día de Reyes.

—Lo agradezco, D. Frutos.

—Nada, nada; comerá V. con nosotros. Por V. no hemos de hacer ningún extraordinario.

—Ninguno—añade Doña Pura.—A V. le tratamos como si fuera hijo. Su mamá de V. era como hermana mía, ¡Pobre Restituta!

—Mil gracias...

Al día siguiente Juanito se presenta en casa de sus segundos padres y salen al encuentro del convidado los niños de D. Frutos, diciéndole:

—Tenemos aceitunas y natillas y besugo... Mamá ha comprado cuatro copas y una sopera.

—¡Jesús! ¡Qué habladores de chicos! Avergüenzan á una—grita la mamá.—Cualquiera al oírles creería que no están acostumbrados á comer, ni á nada...

—Déjeles V., señora. Cosa de criaturas.

Doña Pura lleva aparte al más hablador de los chicos y le mete los puños por los ojos, diciéndole en voz baja:

—Te voy á matar, grandísimo condenado. ¿Quién te manda decir que hemos comprado copas? Cuidadito que te oiga lo más mínimo cuando saquen la fuente honda que nos prestó Doña Mariquita. ¿Lo oyes bien?

—Vaya, Juanito; á la mesa—grita alegremente don Frutos, que no repara en pequeñeces y está relamiéndose de antemano.

Juanito ocupa un asiento al lado de la señora de la casa.

—¿Tiene V. servilleta?—le preguntan.

—Sí señora.

—Colóquese V. con comodidad... A ver, Lolo; no manches á ese caballero con la manga del delantal. Y tú, Titín, no estires los piés, que vas á ponerle perdido el pantalón.

—Estoy perfectamente—dice Juanito.

—¿Quiere V. mucha sopa?—pregunta D. Frutos.

—Poquita,

—Vámos, es V. como yo—añade la señora.—No ha visto V. mujer menos *scáñera*.

Los niños contemplan la sopera con admiración profunda, y la mamá les dirige miradas severas para que no hagan comentarios acerca del mérito de la porcelana.

Lolo ha conseguido arrebatarse una aceituna y la come en secreto; después, para que no vean el hueso, lo sumerge con disimulo en el plato de sopa del convidado.

Aparece la criada con una fuente.

—¡Qué bonito!—grita Titín.

—¡Ay!—dice Lolo.—Un besugo muerto, con yerba encima.

—Es perejil—añade el otro muchacho.

La mamá sufre y hace señas á los chicos para que se callen.

Don Frutos se dispone á hacer platos y contempla el besugo con delicia.

—Papá—grita Titín,—no vayas á romper la fuente, que es de Doña Mariquita.

Para que la fatal revelación no llegue á oídos del convidado, Doña Pura hace sonar los platos con estrépito, y de paso pellizca al hablador, que lanza un herrido espantoso.

Llora Titín, alármase Juanito, D. Frutos deja caer la cuchara sobre el platillo de las aceitunas, que ruedan por el suelo; Lolo se avalanza sobre ellas y las devora; Doña Pura trata de ocultar el origen del chillido conferenciando aparte con Titín, y por algunos momentos la paz huye de aquella casa.

—Ea, á comer. Este besugo debe estar riquísimo—dice D. Frutos, que tiene la suerte de no fijarse en nada.

Vuelven los niños á ocupar sus asientos; restablécese la calma, y Doña Pura, que está nerviosa, quiere escanciar vino en la copa del convidado y vierte el líquido sobre el mantel.

—Eso no vale nada—grita D. Frutos.—Alegría, alegría.

Lolo trata de recoger el vino valiéndose de un tenedor, y tropieza con el plato de Juanito. Este se levanta

para salvar el pantalón y pisa al perro, que comienza á ladrar desesperadamente. Doña Pura, que cada vez está más nerviosa, acude en socorro del convidado y deja la botella por equivocación sobre la fuente. D. Frutos lanza un grito, derrámase la salsa del besugo. Lolo, que se ha metido debajo de la mesa para recoger la cabeza del pescado, tropieza con la frente en la alambra del brasero y la lumbré cae sobre la estera, que empieza á arder.

Entonces Juanito, queriendo ser útil, vierte sobre la estera el contenido de una palangana que encuentra sobre una silla.

—¿Qué ha hecho V.?—dice Doña Pura.

Juanito se pone pálido.

—Eso no es agua.

—¿Qué es entonces?

—Es zaragatona que estoy tomando para refresco.

La comida concluye aquí.

Ahora, si hay algún lector que quiera comer en familia, no tiene más que avisar, y se lo enviaremos á don Frutos.

LUIS TABOADA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXXIII

VITORIA

Es tal la afinidad ó parecido que tienen las Provincias Vascongadas, que tengo que sudar la gota gorda para decir un ciento de palabras. Que me perdonen, pues, los vitorianos, y me den su perdón las vitorianas si abandono un momento el plan antiguo y me distraigo por los cerros... de Alava... Ya sé que guipuzcoanos y alaveses pretenden distinguirse de Vizcaya, y señalan muy bien las diferencias que deben existir, pues las señalan. Pero el viajero como yo, que llega, recibe la impresión, corre y se marcha, no puede descender á esos detalles que deben estudiarse con más calma. Ni es esa mi intención. Lo he repetido, y no creo faltar á mi programa. Conste, pues, que en Vitoria no he encontrado de típico y de *suyo* casi nada. Una ciudad muy linda, tan alegre como un día del Corpus ó de Pascua, con su leve colina, donde airozas las torres de los templos se levantan rodeadas de calles tortuosas, callejones sin fin y escalinatas, con su barrio flamante con hoteles, magníficos paseos, calles anchas... ¡Bonita población! Cuando yo estuve, un sol de primavera la bañaba, cosa que ocurrirá muy pocas veces en un valle cercado de montañas. Y con aquella luz y aquel ambiente y aquella animación exagerada, se estaba allí muy bien; yo de Vitoria traigo buenos recuerdos... y me basta.

Por lo demás, ya sabe todo el mundo lo que son las Provincias Vascongadas: un país delicioso y pintoresco, que siempre pone el mingo en panorama. Por entre aquellos bosques, en la cumbre de aquellos altos montes, en las matas que bordan carreteras y caminos, parece que se forman los fantasmas de aquellos guerrilleros alaveses que tuvieron en jaque á toda España. Tropa aguerrida y firme como pocas, anónimo montón de gente brava, que se hacía matar indolentemente por *mor* de defender la santa causa. Pero aquello pasó, no hay tales sombras, se enterraron las bombas y las balas, el fuego se apagó de la discordia y sólo queda allí la dulce calma, el tranquilo sosiego de los valles y el quejoso balido de las cabras...

En vez de soldaditos con fusiles, ocupados tan sólo en la matanza, trabajan los sencillos aldeanos con sus boinas azules ó encarnadas. Esto es lo más saliente de la tierra... ¡mientel las alavesas son muy guapas, fornidas, buenas mozas ¡y hay que verlas limpiar la habitación como quien baila, con los brazos en jarras sobre el talle, moviéndose á compás con mucha gracia y acompañando el paso con cánciones de dulcísimo són, como baladas!

Lo que abunda en Vitoria, como restos del motín que, en el fondo, no se acaba, son curas y soldados, el contraste de las negras y graves hopalandas, con los trapos azules y encarnados de fieles defensores de la patria. Contraste que resulta doblemente porque le hace notable la amalgama.

Calle de la estación ¡yo te bendigo! ¡con qué tranquilidad las horas pasan en la acera del sol, como unos reyes los que casi no tienen que hacer nada! ¡Y qué chicas tan lindas se pasean! ¡y cuánta animación! y cuánta... cuánta... no sé cómo decirlo. Esa alegría que se lleva consigo la montaña y que en una ciudad limpia, elegante, ya sabemos de más cómo resalta, se nos mete allá dentro, y luego todo parece más bonito y nos agrada. Esto es lo que pasa con Vitoria y aquí os vengo á contar lo que me pasa. Cuando vayáis al mar en el estío á dejaros los cuartos en la playa, quedáos en Vitoria un par de días y luego, *in mente*, me daréis las gracias.

SINESIO DELGADO.

DESQUITE

En un vagón de primera.

Tipos. Un pollo elegante,

fino, atento, insinuante,

y un señor de faz austera.

Se miran con atención

y en silencio un rato breve,

y al fin, el joven, se atreve

á entablar conversación.

—Hace fresco.—Casi frío.

—Este tren parece un carro.

—Sí, no anda mucho.—¿Un cigarro?

—Gracias, no fumo.—(¿Qué tío!)

—¿Va usted á Madrid?...—Sí señor.

—Yo también.—¡Celebro tanto!...

—Un poblachón.—¿Un encanto!

—¡Yo he visto cosa mejor!

—Y yo. Mas no se concilia

si usted le tiene aversión...

—Voy por la sola razón

de estar allí mi familia.

Quiero abrazar á mamá

la Condesa de Oropesa,

y á mi hermana, la Condesa

de Torre Bermeja.—¡Yal!

—Pero presiento un disgusto,

pues con cariño sin tasa

quiere tenerme en su casa

el Barón de Monte-Augusto,

Pascual, mi primo carnal,

que ha sido Subsecretario

cundo su hermano Macario

fué Director general.

Y dudo, entre este señor,

que es de bondad un dechado,

y mi primo el Diputado,

y mi tío el Senador.

Además, mi prima hermana

la Duquesa del Laurel,

también me ofrece el Hotel

que tiene en la Castellana.

Y si me voy con Pascual

incurro en el desagrado

de mi primo el Diputado

y mi abuelo el General.

Tiene maldita la gracia

el ser tan solicitado.

¡Como estoy emparentado

con toda la aristocracial

Pero cargándome va

el no encontrar un ardid...

¡Oh, no iría yo á Madrid

si no fuera por mamá!

—A mi me lleva igual celo.

—¿También á ver á su madre?...

—No, voy á ver á mi padre

que está en la Cárcel Modelo.

—¿Empleado?—No; detenido,

—¿Alguna cuestión ingrata!

—No, no señor; es un rata.

—¡Un rata!...—Muy conocido.

Y de esta no escapará;

le van á sentar la mano

como á su hermano. ¿Su hermano?...

—Aquél murió en Alcalá.

¡Pobre tío! ¡Hizo diabluras

por esos montes!—(Me irrital)

—Mi madre, la pobrecita

tiene un puesto de verduras.

Como es corto el beneficio

es, además, matutera,

y mi hermanito, un gatera...

—¡Ese estará en el Hospicio?...

—¡Quién! Con otros granujillas

siempre de rifa y pendencia;

vende *La Correspondencia*...

—¡Vaya!—Y recoge colillas.

—¡Colillero!—¿Es un truhán!

Tengo también dos hermanas

muy guapotas, muy barbianas...

—¿No diga usted dónde están!

—Creyeron de buena fe

en el cariño sincero

de sus novios...

—¡Caballero

qué familia tiene usted!...

—La que quiero, y no me arguya...

—Pero es ya mucha osadía...

—¡Humbré sufra usted la mía

que yo toleré la suya!

E. NAVARRO GONZA VÖ.



Es es la guardia municipal, tan elegante como formal.



Trapos.



Así se limpian los suelos luciendo el cuerpo bonito, y así se pierden las almas y está el Infierno llenito.



En los Arquillos, tomando el sol.



La torre de San Francisco.



Un puesto de cacharrería, en la mismísima calle de San Francisco.



Los encargados de la limpieza pública, que visten como los gomosos de actualidad.



¡Claro! así no quedan corazones disponibles para los paisanos.

VITORIA



—Hace fresquito ¿eh?



Esto es lo que se ve por todas partes.

BATURRILLO

No es que yo me burle del Sr. Miralles (el crítico de *El Correo*) es que las críticas del Sr. Miralles, (las críticas del señor Miralles... ¡si seré bromista!) me causan mucha gracia, y eso que no encuentro en ellas, ni por asomo, una sola agudeza.

Y lo mismo me sucede con las críticas (¡vuelta la burra al trigo!) del Sr. Bofill (el crítico de teatros de *La Epoca*). Cuando oigo decir—y lo he oído decir, no diré a quién—que el señor Bofill es un crítico notable, no puedo menos de recordar aquella famosa décima de Lope, ó de quien sea, que no lo sé de fijo, contra el padre Soto. Sí, las críticas del Sr. Bofill son como los sermones del padre Soto; pero las críticas del Sr. Miralles son peores que los sermones del padre Soto, que es cuanto cabe.

Hace noches me preguntaba un amigo en la Cervetería Inglesa:

—Pero ¿puede V. decirme cómo *La Epoca*, que es un periódico tan leído, publica las *Veladas Teatras* del Sr. Bofill?— Pero ¿cómo se explica V. que *El Correo*, que también es muy leído, consiente que el Sr. Miralles (D. Andrés) despotique de ese modo? ¡Porque mire V. que despotical!

—Amigo, vaya V. á saber. La crítica en España es un misterio. Cualquiera es crítico, cualquiera le pega un palo al pinto de la paloma. ¡Y qué vanidad, amigo! Verá V. Recién llegado yo á Madrid (es de advertir que venía yo de *la siempre fiel isla de Cuba*) me presentaron á un literato, cuyo nombre no hace al caso. Empezamos á hablar de... literatura. ¿De qué habíamos de hablar dos literatos?

—¿Conocerá V. á Echegaray?— me preguntaba atusándose el bigote y mirándome como si me perdonase la vida.—No. ¿Quién es ese Sr. Echegaray?—Hombre, nuestro primer dramaturgo.—¿Por supuesto que conocerá V. á Cañete.—¿Eh? Cañete... Cañete. Ah, sí, de oídas...

Pero diga V. ¿V. por quién me ha tomado?—estuve á pique de decirle. —¿Pues no se ha figurado este cernícalo que vengo de la Patagonia?

Dicho todo lo cual (que pueden VV. dar por no escrito si quieren), paso á ocuparme en el asunto que ha puesto la pluma en mi mano. (¡Ya quisiera Balaguer escribir un párrafo tan correcto como este!)

Nada de lo dicho va con el Sr. Miralles, á quien no tengo el honor de conocer. Ignoro si es alto ó bajo, delgado ó grueso, rubio ó moreno. Es el caso que el Sr. Miralles ha publicado en *El Correo* una crítica á propósito de un libro de Luis Bonafoux. No voy á romper lanzas en defensa del Sr. Bonafoux. El tiene sobrado ingenio y sobrada bilis para defenderse, caso de juzgarlo necesario. Que el Sr. Miralles se hubiera concretado á hablar de la *pedantería vinícola de Champagne y del Jerez* ó á decir que el (el Sr. Miralles) *lanzó sus primeros vagidos á orillas del poético Turia*... ¡vaya V. con Dios, salérol que así me importa á mí la pedantería vinícola y el lugar del nacimiento del Sr. Miralles, como al Czar de Rusia la boda de Cánovas.

Pero el Sr. Miralles habla del humorismo sin darse cuenta y sin saber del humorismo la media; pero el Sr. Miralles da consejos, y la gramática chilla bajo su pluma, y esto ya no se puede tolerar. Verdad es que en eso de estropear el idioma todos somos Juan de la Encina.

¡Valbuena no ha probado, con mucho saber y mucha sal por cierto, que los Académicos (los que han colaborado en el último Diccionario) no conocen el significado de las palabras más usuales?

Dice el Sr. Miralles:

«Doy por seguro parecerá (pase la supresión del *que*) á los lectores un tanto *pretencioso*.» Pretencioso no es castellano, señor Miralles. Consulte V. el Diccionario de galicismos de Baralt.

No crea el Sr. Miralles que soy enemigo jurado del galicismo. Eso sí, siempre que puedo evitarle, le evito. Si en lugar de *re-rancha* podemos decir castizamente *desquite*, y en lugar de *buró* (como dice la Academia) *escritorio*, ¿á qué buscar fuera lo que tenemos en casa?

Si el hablar bien no cuesta ningún trabajo, digo, cuando se sabe la lengua en que se habla.

Y vamos á lo del humorismo. Al Sr. Miralles le choca la desigualdad del libro del Sr. Bonafoux. Claro está que no se refiere á la desigualdad de los asuntos ni á la desigualdad del estilo. Los asuntos son desiguales porque son artículos de distinta índole: unos políticos, otros literarios, etc.

La desigualdad á que alude el Sr. Miralles es á la del tono de los artículos. ¡Cómo! ¿Un párrafo serio al lado de otro que se muera de risa? Y eso es, así en síntesis, como quien dice, el humorismo. No pretendo enseñar al Sr. Miralles lo que es el humo-

rismo. Richter, en sus *Teorías estéticas*, habla largamente del humor, de la idea infinita del humor, de la subjetividad del humor, de la percepción del humor... Y... allá va un *sapozazo* del humorismo del Sr. Miralles:

«Si el *Champagne* y el *Jerez* hablaran, de fijo proclamarían su supremacía (¿consonantitos á mí?) sobre los vinos malos y medianos (pero el *Champagne* y el *Jerez* ¿tienen acaso paladar?), y si no hablan (¿qué han de hablar, hombre! hacen hablar) bien á las claras lo dicen con sus aromas, sus matices de oro y topacio y sus ruidosas y espumantes expansiones (eso será el *Champagne*, pero no el *Jerez* que es un vino muy callado) sin que nadie tome su modo de ser por pedantería vinícola.» (III)

Balaguer, en un rapto de... catalana inspiración, ha dicho: «Se dice, y es verdad, que el arte de la palabra es muy difícil; pero más lo es aún el del silencio.» (¿Qué manera tan delicada de aludir á las máquinas de Singer!)

Nada, Sr. Miralles, á ver si se hace V. maestro en *el arte del silencio*, lo cual, traducido, quiere decir que no haga V. más críticas. Se lo pedimos á V. todos los vecinos.

FRAY CANDIL.

DESESPERACIÓN

Maldiciendo su suerte
 llamaba Antón á voces á la muerte.
 «¿Qué ha sido mi existencia?» — se decía —
 llorar, sufrir un día y otro día.
 Ambicioné la gloria;
 á ella me conducía la esperanza,
 y vinieron el dolor y la asechancia
 á amargar el placer de la victoria.
 Allá en mis verdes años
 me vió el amor rendido,
 y una vez conseguido,
 más que placer, me daba desengaños.
 Hoy, sin otro calor que el de la lumbre
 recordando no más dichas impuras,
 el recuerdo me da sus amarguras,
 la caduca vejez su pesadumbre.
 Escucha, oh muerte, mi angustiado fuego;
 con inmenso placer á tí me entrego,
 ven, no tardes, que el alma dolida
 no puede con la carga de la vida.»
 Esto diciendo el pobre Antón, notaba
 que el humo del hogar se condensaba,
 tomando poco á poco
 la forma de una ninfa encantadora.
 —¿Eres la muerte?— de esperanza loco
 le dijo Antón—pues llegas en buen hora;
 hace ya mucho tiempo soy tu amigo,
 y pues te llevo á ver, me voy contigo.
 Y respondió la ninfa sonriente:
 —Insensato, desecha de tu mente
 de tu vida pasada la memoria;
 yo soy la Juventud, y es mi riqueza
 la esperanza, el amor, la fe y la gloria.
 —Gloria, esperanza, amor... ¡Cuánta simpleza!
 Amor, tirano impio,
 augura dichas para dar dolores.
 La gloria, con su inmenso poderío
 corona ofrece perenne de flores,
 y una vez alcanzados sus favores
 vienen la envidia, el odio y el hastío.
 La esperanza no más dano, si quieres
 finja yo en perspectiva los placeres,
 que mayores y más el hombre alcanza
 que en la consecución en la esperanza.
 Después de estas razones,
 la juventud cedió á sus pretensiones.

 Joven de nuevo Antón, al cabo sícile
 ser rico de esperanzas solamente,
 Y al mirar que los años transcurrían
 y nunca sus anhelos se cumplían,
 se unió á la muerte con eterno algaraz,
 quitándose de en medio de un halago.

José ESCOBAR.

CONTRIBUCIÓN...

El caso no es nada extraño
 ni en lo imposible se hace,
 quién en un día, no pasa
 más calor que en todo el año?
 ¿Quién no teme las exarés
 de Madrid en el estío.

y quién no suplica un río...
 (si el río no es Manzanares?)
 Todo en silencio dormía;
 creciente y pálida luna,
 sin nube ni mancha alguna
 tocaba la noche en día.

y como en mi habitación
sufría tantos sudores,
me salí en paños menores
á refrescarme al balcón.

¡Y qué escena presencié!
¡Qué escena, lector!... ¡qué escena!
De noche, guspe, morena,
boca chica, breve pie;
detalles que, á no dudar,
cualquiera te especifica,
por ser la chica, una chica,
digna de especificar.

De la puerta en el dintel
de la casa que hace esquina,
conversaba mi vecina
con un gallardo doncel.

La noche, la soledad
me incitan; mi vista fijo,
y claramente colijo
les une la intimidad.

Todo es almíbar, amor,
promesas y juramentos,
¡ay lectores! qué momentos
los que pasé en el balcón...

Prodigando así el derroche
de un entusiasta embeleso,
oigo al fin sonar un beso...
¡Todo un beso á media noche!
Y se aplicaban los dos

con tal atroz desenfreno,
que al cabo grité:—¡Sereno,
prohibe usted eso, por Dios!
Mírome la autoridad
nocturna, y con gran chascota
me dijo:—paga su cuota,
y le dejo en libertad.

—¿Su cuota dice?
—Eso es.
—¿Y cómo el caso me explica?
—Dejo que bese á la chica
por veinte reales al mes.

Por cosa tan peregrina
pasé la noche impaciente,
y á la mañana siguiente
me declaré á una vecina,
y sin miedo ni aprensión
como la anterior pareja,
las noches paso á la reja
pintándola mi pasión.

Allí deslizan las horas
sin penas y sin agravios,
formulando nuestros labios
mil frases halagadoras;
mas de advertir bueno es
y á todos se lo hago bueno,
que á mí me cobra el sereno
cuarenta reales al mes.

JULIO DE LAS CUEVAS



GHISMES Y CUENTOS

Muchos elogios y una venta extraordinaria, han sido el premio de nuestro número Almanaque.

Gracias, señores; pero á nosotros, es decir, á la casa se debe la menor parte del éxito, y no queremos engalanarnos con plumas ajenas. Los autores que nos honraron con sus composiciones y artículos, son los únicos acreedores á los plácemes.

Por desgracia fué de todo punto imposible dar cabida á todos los originales recibidos y... tendremos que ir ahora administrándolos en pequeñas dosis.

Y para que todo no sea *gaudeamus*, bueno es hacer constar que en Correos se han perdido muchos ejemplares, entre los cuales hay que contar, ¡oh dolor! un paquete de ciento, destinado á Barcelona. Es decir, que llegaron á manos de nuestro correspondal dos paquetes en vez de tres.

Pero eso prueba que el numerito ha gustado en todas partes: hasta en las Ambulancias.

Y ¡qué demonio! Del mal el menos.

—¿Vas al Círculo?

—Sí; á esperar á los Reyes.

—Pues hijo, no entres, porque esta noche se dan asea.

Marina, muchacha hermosa,
enseñó un día á Marcial,
una cartera preciosa
que valía un dineral.

Y Marcial se la cogió
sin andar con etiquetas,
y al momento la empeñó
por tres ó cuatro pesetas.

Por eso dijo, al entrar
esta tarde en la oficina,
que quiere desempeñar
la cartera de Marina.

J. RODAO.

Sr. Abascal:
Sigue la calle hecha una lástima, y sigue el montón de adoquines riéndose de nosotros.

¿Para qué han traído eso? Vamos á ver.

En nombre de mis convecinos, voy á hacer á V. una súplica.

¡Que se lleven esas piedras!

Somos muy modestos; con el barro tenemos bastante.

La bella Nicasia
graciosa morena,

dejó hace dos años
la casa paterna.

Hoy vuelve á su aprisco,
cual tímida oveja,
¡pero cómo vuelvel
¡si ustedes la vieran!

He recibido la lista de abonados al servicio telefónico para el mes de Enero.

Y advierto á la Empresa que no me hace falta. Porque hace tres semanas justas que no funciona el aparato... He reclamado, y ¡como si no, morena!

En el semestre que acaba de terminar, he pasado cuatro meses en completa incomunicación, como constará seguramente en los libros de la Sociedad.

De modo que me ha salido la broma por una friolera.

Voy á hacerme un aparatito de cartón-piedra para darme tono... y me saldrá más barato.

Por supuesto, cuando yo cobro las suscripciones, las sirvo; y si se pierden los ejemplares, repito el envío...

¡Pero se conoce que conmigo no reza eso!

Una rectificación:

En los dos versos que se referían al café Fornos Suizo, de Huesca, se aseguraba que allí se expendía una pócima de bellotas y castañas.

Como esto pudiera perjudicar el buen nombre del susodicho establecimiento, y no teníamos tal intención; conste así.

Eso se dice por costumbre, pero no hay quien pueda probar que lo que se sirve en los cañés no sea café puro.

Y no es cosa de meterse en averiguaciones.

Libros:

Higiene del trabajo en la segunda infancia, por el Dr. D. Manuel Tolosa Latour, infatigable defensor de las criaturas, que, aunque él se empeñe en lo contrario, debe casarse inmediatamente y tener hijos.

Madrid viejo, costumbres, leyendas y descripciones de la villa y Corte en los siglos pasados, por D. Ricardo Sepúlveda. Obra interesantísima, editada con verdadero lujo é ilustrada con numerosos dibujos de Comba. Todos VV. conocen á Sepúlveda, y, por consiguiente, es inútil añadir nada acerca de la brillantez de estilo, etc., etc.

Pedro Madruga, leyenda en verso por D. Manuel Amor Ceilán, fecundo y correcto como pccos.

¡*Viva la Pepa!* juguete cómico-lírico estrenado con aplauso en el Teatro de Variedades. ¿Que quién es el autor? Juan Pérez Zúñiga.

Las plagas de Madrid y Chateau Margaux, dos juguetes líricos del Sr. Tostado, que se encubre en el siglo con los mismos apellidos de Jackson Veyan...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. Libe.—Las letrillas han caído en desuso y, francamente, aquello de los puntos suspensivos... Pero no lo hace V. mal, no señor.

Un discípulo.—Se agradecen los piropos, aunque es gana de adular.

Y la copla *Mis amores* resulta un poco vulgar.

C. Ajada.—Tampoco está mal, si bien no es cosa mayor. No sé de dónde tomaron aquello; porque yo, del francés... ¡ni agua!

Azopero.—Malejamente hace V. los versos. No, hombre, no; ¿cómo quiere V. que se devuelvan los originales? Sería el cuento de nunca acabar.

Los tres hijos de Elena.—Que no hacen disparates, pero que se han extendido demasiado, cada la pequeñez del asunto.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Le conviene á V. más comprar la colección del año por diez pesetas. Digo, me parece.

Sr. D. A. C.—La Palma.—Un millón de gracias. Avisátemos.

Sr. D. J. C.—Valencia.—No está bien medido.

Hermógenes.—Mediánica es.

El teniente G.—Madrid.—¡Hombre! á cualquier cosa llama V. soneto. Vamos á ver: ¿qué que no sabe V. lo que es un soneto?

Zapatilla.—¿Que si me gustan? No señor; ni me gustan, ni son de V. No habla V. nacido, y ya andaba eso por los Almanques.

Sr. D. J. S.—Toledo.—No señor, no hay tapas á propósito. El hacerlas expreso, le costaría á V. muy caro, seguramente.

Antón Perulero.—Recibimos el regalo ¡cosa superior! sobre todo las orejas del chico. El vino... ¡vamos! Brindamos á la salud de V., y deseamos saber de cierto á quién debemos agradecer el orzaguío. Conque... mandar á leer el nombre, ¿eh?

EL IDIOMA DE LOS DEDOS



—¡Qué tonto es Alfredito! Siempre tengo que estar diciéndole «bú, bú,» porque es la única sílaba que entiende.

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar	20 pesetas
Encuadernado en tela	25
Cartulinas sueltas (cada una)	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.